OBSERVACIONES

SOBRE LAS

"PAGINAS DEL ECUADOR"

DE LA SRA.

MARIETTA DE VEINTEMILLA

QUITO

Imprenta de "La Nación y Cía"

1891

"PAGINAS DEL ECUADOR"

I.

Habíamos visto publicadas en "Los Principios" unas cartas de Marietta de Veintemilla acerca de varios hechos de la Dictadura, y otras, íntimas, dirigidas á su esposo, que por desgracia del mundo libertino se hallan aún inéditas; pero ni unas ni otras nos hicieron concebir la existencia de dotes para escritora, pues si en las unas hay verdad en la narración y en las otras el más asqueroso naturalismo, nadie podía suponer fuerzas para más en la autora de las cartas *rojas*. Mas sea que las veladas de Lima y el trato con hombres de elevada talla y de mejor caudal hayan transformado á la Veintemilla, ó que la obra haya sido realizada por mano de corazón pagado, ha venido la Señora á colocarse en el público terreno, y no es posible pase desadvertida su novela, en que tritura á los personajes más conspicuos del país para cubrir con su pretendida deshonra el asqueroso esqueleto de una Dictadura ignominiosa, en la que aparece como única figura prominente quien comenzando la vida con alegres aventuras, avanzó á otras de carácter más sombrío.

En el prólogo del libro expone que no á escribir le mueve la vanidad ni el deseo de vindicar á su tio D. Ignacio, sino el de hacer luz sobre acontecimientos del Ecuador, en que á ella le cupo buena parte. Declara que acepta las consecuencias de su conducta, y des-

vistiéndose así de los fueros de mujer, aguarda en la arena á sus adversarios, que de seguro han de levantar contra ella armas para rechazar sus calumnias, desvirtuar sus insultos y castigar sus intentos. Sentimos ver á una Señora en terreno semejante; pero hay que olvidar su sexo en defensa de la verdad y envolver en las propias redes al escritor temerario que á la plena luz del día y en presencia de la generación que ha presenciado y tomado parte en los hechos que relata, no solo los desfigura, sino que los cambia, desnaturaliza y transforma.

Que su intento no ha sido el de vindicar á Veintemilla, creemos, porque por lo apasionado del criterio, no puede figurarse la Viuda de Lapier qué haya pluma capaz de resucitar una honra que yace pestilente en el sepulcro de ignominia á que descendió impelida por el impulso de todos los crímenes: el objeto único del libro es la soberbia, la vanidad; quiere ser Lusbel antes que simple mujer, quiere aumentar á su nutrida historia un capítulo más de salvaje y sangriento romanticismo.

La Señora de Veintemilla no persigue el aplauso ni teme el insulto, solo ambiciona la gloria, aunque sea á lo Luisa Michel; quiere ser Juana de Arco, aunque sea el reverso por la inspiración, la pureza y el fin: nadie le negará su intento: quien calumnia por vanidad, valiente es, de todo es capaz; tome en buena hora el puesto de capitana entre los hombres temibles y las mujeres de daga.

III.

Se ocupa en el primer capítulo de los diversos Gobiernos que se han sucedido en el Ecuador desde 1830 hasta el fatídico 8 de Setiembre de 1876, y comienza desde el principio ostentando el coturno repugnante de las hembras que mascaban polvora y vomitaban improperios durante los peores días de Génova y de París, como que la sangre la delata y deja adivinar su origen.

Toma entre sus manos al fundador de la Patria y le presenta desfigurado, horrible y antipático, falseando así la historia, cerrando los ojos á los hechos, escribiendo con odio y blasfemando con inmotivada venganza. Si

el Gral. Flores gobernó entre incertidumbres y contrariedades y combatiendo incensantemente á los revoltosos ¿cómo se exige haya hecho más de lo que hizo en favor del país? A la cabeza de un ejército indisciplinado, soberbio y exigente, rodeado de políticos audaces y llenos de ambiciones en el interior, de enemigos poderosos é infatigables en el exterior, sin recursos para llenar las más premiosas necesidades, en medio de la ebullición constante de todo elemento; solo gracias á su genio pudo mantener el orden, afianzar nuestra autonomía, dar gloria á nuestra bandera, atender á los diversos ramos de la Administración y hacer República de pueblos incipientes, volubles é inexpertos. Flores que sacrificó en la Elvira poder y fortuna por la paz, que vino en 1860 á defender la integridad nacional y que no escaseó el último suspiro en su campaña última por el orden, no es el monstruo pintado por la sobrina de los Veintemillas: la historia le ha juzgado ya, y la calumnia no puede dañarle; las montañas sobre que ha escrito su nombre no pueden ser invadidas por torrentes que corren á sus piés, aún las lavas pueden coronarlas, pero no destruirlas.

El pueblo que se precia de más liberal en el Ecuador ha levantado una estatua á D. Vicente Rocafuerte, no es, pues, extraño que hayan hecho decir á Dña. Marietta buenas cosas de este personaje, que si merece coronas, tiene también manchas que solo no le deslustran por el brillo de sus otras acciones: nadie como él fusiló, conspiró é hizo arbitrariedades y transacciones indefinibles; y si á él no sólo todo se le perdona, sino todo se le alaba, la justicia reclama igual balanza para los demás, ya que si defectos les afearon virtudes tuvieron también de quilates subidos y valía.

Roca no sale bien librado en la revista de Dña. Marietta, pues asegura que la causa liberal sufrió un duro golpe con la elección de este Señor para la primera magistratura; y sin embargo, si Roca no fué grande, fué tolerante, activo, laborioso y de valor, ha sido uno de los mejores gobernantes y solo la pasión ó la ignorancia pueden ensuciar su pedestal.

Habla ligeramente de D. Diego Noboa, aunque hiriendo, sin darse cuenta seguramente, á quien vendando

al pobre anciano le puso en las manos la caña de burla y sobre el pecho la banda para el destierro.

A continuación alaba al Gral. Urvina, reconociéndole como mérito la expulsión de los jesuitas hecha por cobarde condescendencia con Nueva Granada y llevada á cabo de la manera más ilegal é inicua. También debe alabar Marietta la fabnosa institución de los Tauras, porque ese es el tipo de sus hombres y á él se amoldó el ejército de la Dictadura.

Habla de Robles con elogio y no tiene una sola palabra de reprobación para Franco, como si el tratado de Mapasingue no fuese un escándalo, una traición, una ignominia.

Asoma García Moreno, y no tiene sino hiel para el hombre que le costeó largos años de internado en el Colegio de los SS. CC.; para el que sacó á su familia de la miseria, para el que cegó prudente los abismos en que iban á precipitarla sus precoces tentaciones. Para hablar de él es preciso que los hombres se descubran la cabeza y las mujeres se pongan de rodillas, porque fué el que inició su educación en el Ecuador, el que las levantó á la altura en que brillan, porque fué su mejor abogado, sostenedor y paladín, el que más hizo por su dignidad, ilustración y decoro. García Moreno no es para juzgado por viles ni por mujerzuelas, figura colosal se destaca entre los siglos más admirable mientras más pequeña es su peana y ocupa solo su tiempo y su patria, porque como Dios sacó de la nada bienes, extirpó males y difundió por todas partes luz, ciencia, reformas y progreso. A ese hombre que hasta en sus defectos nada tiene de vulgar, no le está bien el dictado de García el grande, sino el de García el único.

Carrión fué hombre insignificante, por eso fué barrido del solio, porque D. Gabriel no toleraba obstáculos en su camino; y temeroso de ver fracasar sus obras, tuvo también que derrocar al probo Espinosa, que por inmaculado dejó campo á todos los partidos é imperio á todas las leyes. La revolución á este Magistrado fué vituperable como acto republicano, pero saludable como consigna de partido: liberales y conservadores se armaban para asaltar el poder, el triunfo fué del más

listo, faltó á los primeros el famoso cuarto de hora de la fortuna.

García Moreno en su segundo período no fué el azotador, el fusilador, el atormentador, el terrible del primero; y es absurdo que sus verdugos háyanse disfrazádose después con librea de libres, precisamente en las horas en que su único afán era armonizar los derechos de la autoridad con las libertades del pueblo: cayó cuando empesaba el apogeo de su carrera; con su eclipse enrojeció la patria por muchos años, se abrió el camino á los perversos, volvieron á la vida los Veintemillas.

Para explicar Marietta el asesinato del grande, no se atreve á empuñar arma nueva, toma la mandíbula dejada por D. Pedro Moncayo y golpea con ella la reputación invulnerable de quienes están vindicados hasta por sus propios enemigos. Lo admirable es que copie también la apología de Manuel Polanco, cuyo nombre no debía pronunciar por respeto al de su padre, pues hay deshonras que viven cubiertas al travez de la tumba y deberes que más sagrados son para con los muertos: la prostitución de la conciencia no debe alcanzar hasta los padres.

Desaparecido García Moreno, el Ministerio quiso continuar su política; pero libres los unos de la obediencia á su jefe, libres los otros de la presión en que habían desesperado, se apartaron los unos y avanzaron los otros, y cayó el dique para dar camino á las pasiones populares por tan largo tiempo contenidas.

De muy atrás se levantaba una gran figura en el Azuay, á ella dirigieron todos sus miradas, y á ella con frenesí colocaron todos en el solio; pero como D. Antonio Borrero no dió gusto á los liberales que anciaban la libertad sobre la ley, ni á los conservadores que no querían renegar del poder, unos y otros armaron el arco contra él y comenzó la zapa de la prensa y el fuego de la conspiración. El Presidente quiso plantear la República, y respetó la palabra y el pensamiento, ensayó el difícil problema de suprimir el ejército, acumuló dinero para amortizar la deuda y emprendió en otras reformas y proyectos; pero siguiendo el consejo conspicuos de ami-

gos y obrando contra sus temores y su conciencia, nombró Comandante General de Guayaquil á D. Ignacio de Veintemilla, y esta falta le fué imputada á crimen; y solo sus desgracias han alcanzado á conquistarle de los ecuatorianos perdón tardío y bien forzado olvido.

III.

En las "Páginas del Ecuador" hay parte especial genealógica de los Veintemillas; pero como no puede haber nobleza en gente originaria de mayordomos y cantatrices, pasaremos por alto ese punto para recordar solo los hechos más culminantes de historias trastrocadas.

Hablando el Gral. Juan José Flores de los Veintemillas, decía con la gracia que le caracterizaba: "que buenos oficialitos son estos: jóvenes, bien parecidos, elegantes y de buen nombre de pila, pero se necesita de una aduana para mantener á cada uno de ellos".

En la campaña de Zapotillo hicieron algunos jefes tal recogimiento de bestias, que en cierta caricatura les pintaron montados en cuatro caballos, arriando una partida de potros y con una mula en cada uña de los dedos.

Se hallaba D. José Veintemilla de administrador de sales en Babahoyo y D. Ignacio de jefe de un Regimiento de Caballería: descubre García Moreno que el primero estaba saturado de sal y que el segundo tenía el cuerpo casi solo en la imaginación, los destituye, y esto da origen al liberalismo de los Veintemillas.

Se hallaba el mismo D. José de Comandante General de Guayaquil, cuando un anciano delata por la prensa ciertos hechos escandalosos: manda reducirlo á prisión y le hace flajelar en un cuartel; sabe el acontecimiento el inolvidable D. Vicente Piedrahita, y en medio de los soldados increpa al jefe su conducta, afea su villanía y le reduce á un calaboso. Se hace la revolución del 19 de Marzo, no se toma siquiera por pretexto la restauración del Gobierno legítimo, y falto de plan y de previsión, es muerto el caudillo por los mismos soldados á quienes había corrompido.

Viendo D. Antonio Veintemilla que su segundo hijo no adelantaba en la escuela, deseoso de que siquie-

ra aprendiera á firmar, consiguió que el maestro Proaño lo admitiese en su clase, donde jamas dió una lección ni llevó un botón en el vestido, porque todos los arrancaba para el juego. Despeinado, rotoso, con el cabello largo, los ojos legañosos, la boca abierta y las mangas del saco mugrientas por el uso del pañuelo que les daba, pasó hasta los 18 años, en que aburrido ingresó á un cuartel; y allí estaba el secreto de su fortuna, pues comenzando por Mercurio del jefe llegó á ser capitán efectivo despues de pocos años, sin que haya podido aprender un artículo, de la Ordenanza, dejar de dormirse en todas las guardias ni menos de participar de las raciones y sueldos de los soldados.

Es falso que haya en Tumbuco cedido el caballo á García Moreno, que reía siempre de tan peregrina invención. Es cierto sí que fué el conductor del Gral. Maldonado, que le puso grillos desde Ambato, que le hizo amarrar desde frente de Latacunga, que le condujo al suplicio, y que le heredó el galápago y unas espuelas de plata, convencido, seguramente, de que los despojos de la víctima pertenecen siempre al verdugo.

Un ingenioso tahur conocido con el nombre de "el mudo," cargaba siempre cartas señaladas y algún compañero con quien ir á la partija. Tenía en Ipiales una onza de oro, última que sacaba para apostar: si perdía, la guardaba so pretexto de no cambiarla, sino, realizaba el negocio; pero cansados de la farsa, un compañero tuvo en cierta ocasión lista la vuelta y á mogicones le quito la moneda, que bien cara supo cobrarla después en el juego de la política. (D. Bernardo Dávalos, dicen' había tomado en Sabún á un amigo suyo prisionero al anca de su caballo para salvarlo; fué un oficial pérfido y mató al rendido.) En Cuaspud entregó D. Ignacio Veintemilla por inventario al más hermoso de los escuadrones del ejército; y cuando sabido el descalabro del 19 de marzo, esperaban sus amigos hiciera el movimiento, le hallaron escondido en una caballeriza. García Moreno quiso fusilarlo; pero las Sras. Alcázares consiguieron el perdón, al otorgar el cual les dijo: "pronto se arrepentirán de lo que han conseguido;" palabras proféticas y á cada instante recordadas durante los siete años del

crimen. Maldecía la mano que le alargaba, pero comía el pan: del tesoro recibió pensión durante toda la epoca de su destierro, y lucía ufano, cuando no estaba empeñada, la cruz del Soldado, más que para nadie, para él inmerecida.

Veintemilla que llevó in péctore la revolución desde Quito, buscaba un partido en que apoyarse, y lo halló en los radicales de Guayaquil; tomó el vergonzoso pretexto de que se le iba á remover del destino y sublevó los cuarteles que en mala hora se le habían confiado; aceptando la ignominia que el mismo declaraba en carta escrita al hermano del Presidente, pocos días antes de la traición: "la mujer y el militar no tienen sino el honor, el que una vez perdido jamás se recupera."

El Cnel. Polanco no salió de Quito sino con las fuerzas organizadas para la defensa de la Constitución; pues, sin embargo de que todos los cuerpos habían sido llevados engañosamente á Guayaquil, el patriotismo hizo prodigios, y en poco tiempo se organizó el brillante ejército que la desgracia debía desbastar en los arenales de Galte.

El Comte. en jefe se movió con todas las fuerzas al encuentro de Urvina, dejando en Guaranda solo una pequeña columna de azuayos, con la órden de replegarse al cuartel general; pero entusiasmados los jóvenes de esa ciudad no pueden permanecer impasibles, toman las armas que tienen á la mano y en número de 80 salen al encuentro del Dictador. Inexpertos, rompen los fuégos en el instante en que le distinguen; cae el macho en que cabalgaba, y asustado pregunta: "y ahora ¿qué hacemos?" Montar en otro caballo, le contesta su ayudante Negrete; y en ocho horas no puede desalojar de sus posiciones á ese puñado de moscas, que ni sabían la existencia del anteojo del Observatorio, mucho menos poseerlo. Si esos jóvenes hubiesen tenido rifles de precisión ó pertrechos suficientes, no habría sido esa la batalla de los Molinos de viento, sino el sepulcro de D. Ignacio con sus dos mil veteranos.

IV.

Vencedor Urvina en Galte, dió libertad á los prisioneros, algunos de los cuales vinieron á Riobamba, donde fueron confinados por Veintemilla, que de Chuquipoguio se dirigió á esa ciudad en su paso para Quito: probando así lo que hubiera sido de los vencidos sin la generosidad de Urvina.

El Dictador entró á Quito el 26 de Diciembre en medio del silencio de la ciudad que cerró puertas y ventanas, sin embargo de los preceptos é incitativas de las nuevas autoridades nombradas por sí y ante sí en una vertiginosa orgía.

Los primeros días los pasó D. Ignacio en brazos de los liberales; pero viendo que estos maquinaban en contra suya y que tal alianza aumentaba su desprestigio, buscó á los conservadores y quizo ganarles á toda costa; pero supieron mantenerse firmes; y si hubo quienes creyeran que era conveniente aceptar las propuestas, fué en condiciones tales, que equivalían á hacer infructuoso todo lo hasta allí ganado por la revolución.

En busco de popularidad resucitó el Dictador las bárbaras corridas de toros; y en busca de seguridad, desplegó un no visto lujo de tiranía, sin escatimar tormentos ni víctimas y lanzando perros de presa que, fingiendo venderse, consiguieron hacer resbalar hasta á los hombres más pacíficos, pues no había quien deje de procurar la caída del tirano. Pero estas no eran sino las premisas de crímenes más espantosos y terribles.

Había un Prelado manso como paloma, humilde como cordero, hermoso y de rígidas virtudes al través de mentida ostentación de lujo; gobernaba la Iglesia con cayado de flores, pero tan luego como la vió en peligro se irguió como león en su defensa, fué á los piés del Dictador, le recordó su infancia, le enseñó el abismo en que quería precipitarse; y cuando las lágrimas no le ablandaron ni nada pudo el ruego, se levantó con espíritu de fé y le prometió resistencia. Veintemilla abrazó al pastor, le besó en la mejilla, y pocas horas después la paloma agonizaba en los brazos de la Cruz.

La justicia empieza la averiguación del gran crímen; el Poder civil siembra obstáculos para la pezquiza y persigue á los que denunciaban como á autores á agentes suyos; mientras se guarda un impreso con sello ministerial en que pocos días antes se amenazó á la víctima, se descubre la presencia en el altar y en las horas del sacrificio, de individuos conocidos por su odio al cristianismo, y se evidencian las amenazas de otros para el día y la hora en que se consumió la catástrofe. Pero todo envano; y en tanto se encarcela á un Sacerdote que, sino inocente de desvíos, inocente estaba de atentar contra la vida de quién con mansedumbre de padre acababa de ponerle en el sendero de la rehabilitación cristiana. Reservado estaba á una mujer incalificable culpar el asesinato sacrílego al más sagrado y conspicuo Cuerpo de la República, que, indudablemente, sabrá rechazar la calumnia, salvando para más tarde la honra del Cabildo Metropolitano, que si hoy es venerado y libre está de toda sospecha, el curso de los tiempos pudiera hacer cambiar la opinión y dar asidero en contra de la Iglesia.

Dice Dña. Marietta que el móvil para la muerte del Ilmo. Sr. Checa fué el deseo de excitar al pueblo para que matara á Veintemilla ¿para esto era necesario cortar la cabeza á la cabeza de la Iglesia? Si de la escuela del asesinato hubieran sido los enemigos de Veintemilla ¿no podían haberle envenenado en sus cenas de Eleogábalo, apostádose en las casas dudosas que frecuentaba para el *alsotaje* de sus crímenes, herídole por mano de sus mismos sicarios? Los medios son siempre proporcionados al fin, y para matar á un tigre quienes creen en Dios no habían de valerse del corazón de Dios; obra semejante sólo es de descreidos, de hombres que no ven sino pan en el pan y no se dirigen en sus actos sino por la que tocan, desean y comprenden con el paladar y con las manos.

El Dr. D. Luis Felipe Borja, acusador en la malhadada causa, con ser uno de los liberales más avanzados, declaró que ese crímen no era obra del clero ni de los conservadores; Montalvo, el Apóstol del radicalismo, acusó de ese crímen á Veintemilla y con esa sangre le en-

barró de la cabeza hasta los piés ¿La conciencia pública á quién señaló? Quiénes tomaron en el local de Policía un frasco de estricnina de poca fuerza, por lo cual era preciso duplicar la dosis, como lo hicieron en el cáliz del viernes santo?

Se pone la ruptura del Concordato como consecuencia del envenenamiento del Sr. Checa; y basta leer la fecha de ese acto oficial para ver lo poco versado que está en nuestra historia el extranjero escritor que ha vendido por pecado su pluma, á quien renegando de su sexo se ha convertido en voz de difamación y trompeta de calumnia.

Roto el Concordato, perseguidos los obispos, huérfana la Iglesia, violado el santuario, encarcelados los buenos y en alto los perversos, hasta la naturaleza hizo su protesta, y la lava del Cotopaxi mata á un día de Junio en el zenit. El pueblo se congrega, enciende luces que representan su fé y en lastimera procesión comienza á recorrer las calles pidiendo misericordia: los sayones se burlan de las plegarias y contestan con blasfemias, se indigna el pueblo y con mano inerme quita el arma á los burladores y los castiga, comenzando asi una lucha desigual, espantosa y en medio del general trastorno de pasiones y elementos Auxiliados los genízaros, se lanzan sobre los osados que quisieron reprimir su iniquidad, y siembran las calles de cadáveres y sellan para siempre los labios de los que, agenos á la contienda, oraban por los luchadores.

Impotentes los buenos para derrocar al tirano, confiaban en que por vergüenza convocaría la Convención á cada momento prometida y que debía dar siquiera visos de legalidad á la traición triunfante; pero vencidos muchos meses y muerta toda esperanza, se congregan unos pocos ciudadanos en las provincias del Norte é invaden la capital, resueltos, sino á vencer, porque era imposible, al menos á hacer una protesta de sangre. Vernaza se cree inseguro, y con ametralladoras y cañones y pertrechos y mas de dos mil hombres se encierra dentro de muros hechos con las piedras sillares de las calles, y sufre asi el insulto de una partida de hombres armados con cien rifles de antiguo sistema, palos y machetes; acaba-

dos los pocos cartuchos, cesa el fuego, se lanzan entonces fuera los veteranos y comienza la hecatombe. Ni edad, ni sexo, ni condición, ni estado; nada se respeta, todos pagan el miedo de los sitiados, se disputan el blasón de asesinos los que no supieron tener la gloria de ser soldados, y el número de víctimas es igual al de los cartuchos. Sesenta horas no fueron suficientes para que concluyeran de llevar los muertos á los panteones las hileras de carretas que, en sombría proseción, tranci-taban por la ciudad desierta.

No se secaba aún la sangre de las calles, cuando hace triunfal entrada una horda de rotosos, llamados de la frontera por el primer teniente de Veintemilla. Se iluminan los salones del palacio; y mientras el pueblo ruje, Marietta escancea vino generoso para los auxiliares, que brindan por la reciente matanza, á la que sienten no haber alcanzado, y por la gloria de la casa de Veintemilla, por Vernaza y por los descamisados de ambos países. Se agota el Tesoro en su obsequio; pero no satisfechos de los presentes conque se ven colmados, roban en las provincias por donde pasan desde los basos sagrados hasta el calzón del mendigo, y no contentos con saquear los pueblos y talar las ciudades, cargan con los niños para exigir rescate en sus cubiles. Si Marietta tuviera algo de lo que le dan los aduladores de sus plásticas formas, ó si siquiera fuese ecuatoriana, habría entonces abofeteado á Cornelio Vernaza, con más justicia que en la noche del 26 de marzo de 1882, porque ese es indigno de la mano de un hombre; es increible que no tenga por apellido Veintemilla.

Fué la Convención de Ambato un tumulto de genizaros, en que se buscó al peor para coronarle, y se le puso puñal y ganzúa en la mano como distintivo y para instrumentos de mando; felizmente hubo quienes cobraron su honra, y con ella la de la República, que, de otro modo, no merecíamos volver á ser pueblo, éramos dignos de una nueva invasión de La Rosa y Figueredo para que nos conquistasen á la barbarie. Y con todo no fué la Convención la que disfrazó á Ignacio Veintemilla de Capitan General en Jefe de sus ejércitos; fué rótulo que él se pegó desde el primer momento de su traición, por-

que creyó, seguramente, que el nombre podia suplir al hombre.

Lo que hizo Veintemilla, á la vista está, en cuatro palabras se hace la historia de su Gobierno, para no lastimar el pudor de la patria ante otros pueblos: los caminos destruidos, los Colejios cerrados, las escuelas extinguidas, los Cabildos diesmados y sin renta, el ejército corrompido, las Aduanas con doble llave, la autonomía en subasta, los Ministerios con cuños de falsificación, el peculado erigido en sistema de Gobierno, la administración pública en los garitos, la honra como marca para la persecución, el envenenamiento, fuera, al rededor y entre los techos y piedras del palacio ¿que faltó de malo que no se hiciese, qué restó de bueno que no se persiguiese, qué crimen que no se consumase, qué vergüenza que no se coronase, qué día que por la infamia no fuese señalado? No solo se castigó el hecho ó la sospecha, se castigo el temor; por eso cayó Piedrahita para no levantarse.

Veintemilla que negociaba con las rentas y con los sueldos, que la venta de las y botellas que vaciaba era recurso para su mesa ¿dejó tres millones en las cajas fiscales? La Sra. Marietta se ha equivocado; por decir "llevó tres millones" dice "dejó," porque no tuvo su familia siempre más patrimonio que la caridad pública ni él tuvo más industria nunca que la desvergüenza, el peculado y el juego.

V.

Doña Marietta trata de vindicar á su tio de la revolución con que se derrocó á si mismo, y no halla de malo sino la palabra Dictadura, la que cree horroriza en vano á los ecuatorianos. Si la Nación entera se estremeció de espanto ante ese crímen, fué porque tenía presente el recuerdo de la primera Dictadura y porque palpaba los males sin cuento del gobierno constitucional de tal hombre; y si bajo el imperio de la ley habían sido palabras sin sentido las garantías ¿que prometía el poder discrecional de una fiera? No fusiló, porque es incapaz de actos que presuponen valor moral, y lo hay hasta en lo malo; pero consiguió lo mismo valiéndose del po-

der de las tinieblas y del misterio contra los enemigos de quienes quería deshacerse. No confiscó bienes; pero los de los Srs. Gral. Guerrero, Angulo, Caamaño, Cabezas, Marques de la Plata y otros ciento pasaron á manos de administradores particulares puestos para el lucro del gran Señor. No infringió la ley (?); pero es porque colocó en su lugar el látigo, el puñal y la estricnina. Si se narraran todos los hechos del amartelado tio de Doña Marietta, sería historia superior en interés dramático al de toda otra, porque en ella hay los crímenes del bajo imperio con la brutalidad de los bárbaros y el refinamiento de medios de las mas corrompidas sociedades modernas.

¿Quién gobernaba hasta el 26 de marzo de 1882? Veintemilla ¿Quién derrocó ese gobierno? Veintemilla. Luego ¿Quién hizo la revolución y derrocó á Veintemilla? Es tal la sangre de ese hombre, que no puede ser consecuente consigo mismo; y esto es tan claro, que pasa como sobre ascuas el Sr. Amézaga, en este punto, en el libro de su amiga, porque no ha en contrado ni un mal sofisma para disculpar el hecho monstruoso, mientras le sobran palabras para pintar, disfrazar y trastrocar las demas partes de su quijotesca historia femenil.

Vernaza, el heroe de las barricadas, quiso tambien serlo de las borricadas, y trató de suplantarse al amo; pero Arias, Salvador, Icaza y Cía. burlaron la intentonada; y después, de lucha de igual á igual entre las dos hembras de palacio, Cornelia fué al destierro y Marietta subió después del rocotin á la cocina.

Consumada la revuelta, no hubo estandartes ni gremios, ni regocijos: fué desprecio, horror é indignación lo que manifestó el pueblo estupefacto; y desde ese día comenzó esa porfiada lucha, en que sin elementos ni recursos, caminó animoso hasta conseguir el castigo de la ignominia y el triunfo de la honra. De otro modo no se explicaría esa serie de descalabros que confiesa Dña. Marietta; pues un ejército numeroso, aguerrido, bien armado y mejor pagado no se deja abatir por montoneros miserables que no cuentan sino con garrotes para el combate y hambres y privaciones para el sustento. Si el pueblo hubiera simpatizado siquiera con la

revolución suicida, la habría apoyado y no combatido, la hubiera aceptado y no la habría puesto bajo su pié y con epitafio. ¿Dónde esta, pues, cuáles son los hechos que prueban la popularidad del Señor De Veintemilla?

Los proscritos del Norte repasan por la centésima vez la frontera, invaden á Imbabura, prueban suerte en cien encuentros y se hallan en Ibarra dueños de armas, hombres y pertrechos; pero una irrazonada confianza frustra la buena ventura y queda ésta sepultada en Cayambe entre los escombros y las víctimas causadas por la matanza y el incendio. Con todo, Landázuri había escapado, y ese era para el pueblo ideal y esperanza; y como á robustez de bronce une sangre infatigable, constancia y odio, la hoguera queda encendida, el peligro del Norte se aleja pero no se apaga. A ese no le llamaban como á D. Ignacio *mama* ni como á Marietta *taita*, para ese tenía otros calificativos y espresiones y su nombre sólo valía por entonces lo que un ejército en armas.

En el centro se organizaba otra falange, que fuerte por el valor, aunque débil por el número, fué á Chambo y escribió con el espanto de los contrarios una de las más bellas páginas, en que el patriotismo de jóvenes de Ambato Riobamba y Guaranda sembraron el terror en su derrota é hicieron á los vencedores soñar espantados en su victoria de lágrimas.

No nacen los luceros uno á uno, sino por millares en las noches de verano. Salazar pasa con 29 el Macará, toma Loja guarnecida por 150 soldados, invade Zaruma, hace cambiar de rumbo á una división que salía por Santa Rosa, burla á mil hombres que se atrincheran en Cuenca, vence con Flores á una hermosa columna en Alausí, desprecia una magnífica Brigada de todas armas en Pungalá, y haciendo prodigios de estrategia y de justicia, se une con Sarasti que acababa de destruir en Quero un brillante ejército mandado por jefes de antigua nombradía, armado de cañones, numeroso y espléndido, únicamente con un puñado de ciudadanos seguros de la victoria solo por la santidad de la causa.

Confiesa el Sr. Amézaga que con los dos puñados del Centro y del Sur se formó en breve una división de mas de dos mil hombres: prueba elocuente del amor

conque era amado *mama* Ignacio, pues á torrentes corrían los hombres á las filas, y si armas hubiese habido, no dos mil, seis ú ocho mil habrían acampado el día cinco de enero en el Conde, donde envano fueron esperados los enemigos pues resultó vana la oferta de los diplomáticos empeñados en evitar á la Capital una nueva hecatombe en sus calles: se había elegido como único sistema de combate el atrincheramiento, y en el debían resistir los dictatoriales en todas las batallas y hasta en la última de sus plazas.

El día 8 sale el ejército de Veintemilla, y apenas está á una legua de la ciudad, parques y cuarteles son acometidos por el pueblo; y aun cuando el ímpetu de los que vuelven le toman por todos los flancos, se abre paso con heroismo y llevan las armas y municiones que deben dar el triunfo en el 10; pero no hay sacrificio sin lágrimas ni grande acción sin mártires: sellan la primera jornada con su sangre, Joaquin Saa, paloma á quien el amor de patria convierte en cóndor, Pazmiño, que personifica el deber del pueblo, Pino que vindica al guayas, Pallares que prefiere la patria á la vida y otros muchos que combaten ardorosos y mueren contentos y bendiciendo la libertad que aseguran.

Avergonzados muchos jefes de alta graduación de la causa que defienden y, sobre todo, de obedecer á una mujer, miden las consecuencias de su conducta, palpan el resultado del combate, y envainan sus espadas y se retiran á resguardar su nombre. Porque ¿quién dió poder á Marietta, qué causa debía ser la representada por una mujer sólo descollante en otros combates, sólo inteligente en otras artes, sólo capaz de otras acciones? El alférez Gálves, uno de los Coroneles de la imaginación de Amézaga, dió cuenta del desconcierto, apenas vuelto de la comisión en que escapó de ser asesinado; y aunque las fuerzas restauradoras se componian en su mayor parte de jóvenes inexpertos y los contrarios de soldados aguerridos, ya nadie dudó del triunfo, y los generales esperaron tranquilamente la aurora que debía anunciar desde el Pichincha un nuevo día de bienandanza y libertad para el pueblo oprimido y de confusión y vergüenza para los sostenedores del individualismo y del crímen,

VI.

No ha sido nuevo en la historia nacional que se haya tomado precauciones contra mujeres comprometidas en política; pero esto no quiere decir que aprobemos por un instante la conducta del pentavirato, sin embargo de que razones poderosas tuvo para buscar seguridad á las Sras. Veintemillas; pues si víctimas hubiesen sido del furor popular que reinaba entonces en las familias de las víctimas de los siete años, á la cara del Gobierno se habría echado la sangre derramada y la barbarie de las turbas habría sido imputada á órdenes de los magistrados, pero si hoy leemos lo que leemos en las "Páginas del Ecuador" ¿qué no habría dicho más tarde algún Marieto ó Marieta al haber crímen imputable aunque sea á porción ínfima de su ínfima clase?

Dice Dña. Marietta que la guardia de su custodia, que reemplazó al Escuadrón Sagrado, se componía de estudiantes universitarios, á los que se les exijió guardarlas,so pena de perder el año escolar sino lo hacían El Escuadrón Sagrado se componía solo de estudiantes de todas las provincias del centro y de la Capital é hizo toda la campaña que terminó en Quero. Entre el heroico pueblo del 8 de Enero, los estudiantes estaban enrolados, y algunos de ellos murieron gloriosamente en el combate del 10. Estudiantes fueron los que prefirieron ser vapulados en el panóptico y sujetos á miserables martirios, en cambio de sostener su histórica protesta. ¿Y estos, los universitarios habían de necesitar, habían de tolerar amenaza para el cumplimiento de un deber? De presumir era que la generala hubiese aprendido algo de experiencia con las lecciones del 83; pero ni siquiera conoce la índole de la jauventud ecuatoriana, y ahora puede haber esplicación rl cinismo de la escritora.

Culpa Dña. Marietta su prisión, entre otros, al Sr. General Salazar, cuando ocupado de improvisar medios para la continuación de la campaña, ni siquiera se acercaba al Gobierno; pues no quería dejar sin coronación su increible marcha de triunfos, de estrategia

y de actos de justicia. Y en cuanto á que los Pentaviros pensaron en fusilarla, seguramente se hablaba bajo el dominio de algún *moscardón* cuando tal se imaginó.

Lo más original es la acusación de que fueron presos algunos de los servidores de Veintemilla como sino fuese medida de precaución que han usado todos los gobiernos y todos los traidores, y que él no echar mano de ella habría equivalido á poner á nuestro ejército entre dos fuegos. ¡Y quién se queja! Veintemilla encarceló, flajeló, desterró, privó de sus bienes á sus enemigos, puso mano terrible en el bosque, en el Santuario y en el hogar; y por último, dió un famoso decreto, declarando fuera de la ley á todos losque hacían armas contra su persona, los que debían ser fusilados donde quiera que cayesen y sin fórmula alguna. Tenga la Srita. paciencia, haga comparación y díganos, despues, si es su tío ó es el pentavirato el digno de maldiciones?

Uno de los rasgos más característicos que se encuentran en el libro de Dña. Marietta es el de haberse desnudado delante de Antonio Vega y arrojádole el vestido diciéndole: he aquí algo más digno de ser llevado por U. El vestido talar fué el usual de las naciones antiguas y sin él talvez no habría tenido el aspecto de un Dios aquel senador romano á quien meció las barbas un teutón creyéndole estatua. Las imágenes de Jesús tienen magestad especial, á más de lo divino de la persona, tambien por la manera del vestido; y si los hombres se forraron más tarde de modo más impropio, fué para adquirir más espedición en los ejercicios de la guerra; pero jamás atentaron contra esa hermosa forma del traje de la mujer, y sólo los salvajes de occidente las visten con plumas, con pantalones y turbante. El traje talar es la virtud, el recato, la poesía, es el pudor del cuerpo.

La modestia, el candor no son virtudes únicas de la mujer, tambien el adolecente las posee: será por esto que la Sra. Veintemilla creyó mas digno que de ella del joven Antonio Vega su traje de mujer?

Pero como si no hubiese sido suficiente hablar mal de uno de los más distinguidos jóvenes azuayos, se

desata en improperios contra todos los hijos de esa noble ciudad, que aun cuando no tuviera en lo antiguo sino á Solano, Malo y Heredia, y en lo moderno al malogrado Arízaga y á los inspirados poetas Cordero y Crespo, título tendría suficiente para ser tres veces ilustre.

No puede olvidar la Sra. Marietta que la juventud azuaya marchó hasta Loja á enrolarse en la estupenda espedición del Sur; que volaron á Quito y que sellaron la libertad con la sangre inmaculada de Borrero, Arteaga y Flor, siendo la provincia que más hijos notables perdió entonces; que hizo la campaña sobre Guayaquil, y que tambien en el 9 de Julio selló, entre la de otros, con la de Alvarez, la jornada de ese famoso día.

La Sra. Dña. Marietta que ha querido escribir un libro de historia, ha debido guardar siquiera las reglas de la novela histórica. No era posible exigirle imparcialidad, pero si verosimilitud para la belleza misma del escrito. Manifiesta mucha imaginación, aunque los desahogos que brotan de esta facultad atribuidos deben ser, mas bien, sólo á los instintos de odio, á la sed de venganza, al inmoderado deseo de volver al poder y á las mesas de Baltazar. ¿Lo conseguirá por el camino que lleva?

Al levantarse el sol del diez de enero sonó el primer cañonazo de los restauradores en la cima del Panecillo; lo oyó la ciudad estremeciéndose de gozo y lo oyó también la División del Norte, que apresuró la marcha para alcanzar el triunfo, al cual se le había llamado anticipadamente.

Algunas torres de la ciudad habían sido ocupadas por los dictatoriales, y sus enemigos las combatían desde las calles y con el pecho al frente. El natural ardimiento é indisçiplina de jóvenes, por primera vez convertidos en soldados, hizo que se desbarataran todos los planes y que la ciudad entera se convirtiese en un tronante campo de combates parciales. Las municiones eran pocas, no hubieran alcanzado para media hora de fuegos; pero de puertas y ventanas repartían las mujeres los pertrechos tomados el día 8, y por esto se decía despues, con razón, que sin el 8 no habría

habido el 10.

Eran las dos de la tarde cuando se corona de combatientes la colina de San Juan se desbordan por las calles que nacen allí, y á pocas horas Aguirre y Lizarzaburu son dueños de los barrios del Norte y el Oeste, completando así el cerco de los dictatoriales.

Vienen las sombras y se interrumpe la refriega; pero encerrados en circulo de hierro, no tienen más refugio que rendirse al siguiente día, y queda la restauración de los derechos y la honra asegurada, despues de siete años de esclavitud y de barbarie.

Dña. Marietta se presenta en su libro como esos personajes fantásticos de los cuentos, á quienes se hace descargas y no les toca, se les hunde el estoque y no vierten sangre, se les dispara á quemarropa y toman las balas en las manos y las devuelven frías; caen todos á su lado y sólo ella permanece invulnerable; tiene el don de penetrabilidad; de hacerse invisible, de multiplicarse, de suprimirse, de achicarse y de transformarse; es una especie de Dios ó de maga á quien obedecen perturbando sus leyes los elementos y adquiriendo nuevas propiedades los cuerpos. Hay una tempestad que interrumpe el combate y sólo para ella visible; avanza hasta donde los enemigos, les mece las barbas y no la miran, oye y se realizan combates subterráneos donde no hay cuevas ni catacumbas; se sirve de las manos y de los pies para palpar á la distancia objetos que no pueden ser percibidos por la mirada; toma un cañón en cada dedo, y sin embargo que lleva revolver al cinto para quitarse la vida, caso de caer prisionera, queda sana y viva cuando lo es; montada en un clavileño se romonta á las esferas superiores, siente el calor de los astros cercanos en su frente, y transformada por ellos vuelve escritora para deslumbrar á las edades con su pluma.

Como su novela no tiene siquiera verosimilitud, y no habrá persona de sentido común que no ría de tantos castillos encantados y desencantados, sólo tocaremos los puntos más culminantes del Capítulo quinto.

La residencia señorial de las mayores de Dña. Marietta no fué saqueada ni cosa parecida durante el combate: fué en el inventario que hizo después la Policía

que se hallaron los objetos artísticos que llora perdidos, nada menos que instrumentos de los gabinetes de Física y Química para adornos de mesa, las cajas de plata de los sellos de los tratados internacionales, libros de música del Conservatorio y multitud de otras cosas del Museo, hasta una Santa disecada que dicen se parece al tio. No fueron pues objetos artísticos pasados de generacion en generación, sino de los establecimientos públicos á la casa del Dictador; pues sabido es que de transmitirse algo, hubieran sido instrumentos de labranza, porque á los dos trancos se halla la descalza mayordoma de D. José Ascásubi, origen de sus majestades.

Los que en los momentos del combate robaban eran los dictatoriales, habiendo tenido el Pentavirato que pagar fuertes sumas á muchos comerciantes extranjeros, entre ellos el actual Sr. Ministro de Colombia, por el saqueo que á su vista hicieron del almacén; que tenía entonces, y consta que al siguiente día fueron depositados voluntariamente multitud de objetos quitados por los restauradores á sus enemigos.

Nadie puede negar el valor y entusiasmo de los soldados de la dictadura y el temor de las familias de Quito que buscaron los conventos y casas extranjeras para asilarse, porque era público que se había ofrecido, caso de triunfo, tres días de saqueo y se exitaba, sobre todo, como á los Mahometanos, con la posesión de las hermosas quiteñas. Un tulcaneño á quién Marietta halagaba con tal perspectiva le contestó á presencia de varios jefes: "no niñita, las conservadoras despues, pero primero sumerced". La Generalita le dió una palmada en el hombro sonriendo graciosamente. ¿Hombres ignorantes, pobres y desenfrenados no habían de luchar con valor, cuando sabían el premio que se les reservaba.?

Es de antigua costumbre atribuir á traición los descalabros, y no ha faltado á ella Dña. Marietta; pues da tal origen á lo que no fué sino efecto lógico de los acontecimientos. Despues de trece horas de combate en que fueron diezmadas las fuerzas del Dictador, los restos se concentraron en el Palacio y el cuartel de Artillería; no disponiendo sino del recinto de estas ca-

sas. Les cercaban los contrarios, no tenían jefes á quienes obedecer, se le había acabado la confianza del triunfo, veían en todo el pueblo enemigos y temían su venganza ¿qué otra cosa les quedaba sino rendirse á discresión? Los del Palacio no subían de ciento; y si bien fué arrojo temerario que menos de 20 los rindiesen ¿qué otra cosa se ha hecho en todos los combates de la Restauración? Fueron diez y ocho los que tomaron el 24 de junio el cuartel de Ambato; no llegaron á doce los que con Palacios asaltaron el cuartel de Tulcán, apagando las luces, cerrando las puertas y esgrimiendo el puñal con desesperación; fueron poquísimos los que tomaron Babahoyo el 5 de enero; fueron niños de escuela los que rindieron el cuartel de Guaranda; no fué un puñado el que asaltó el cuartel de Riobamba, á cuyas puertas cayó el intrépido Orejuela; fué número increiblemente pequeño el que desbarató á los veintemillistas en Quero; no pasaron de 29 los que invadieron por Macará, no llegaban á 200 los que sitiaron Cuenca, á 50 los que tomaron Ibarra, á 100 los que vencieron en Pisque. ¿Hubo también traición en estos hechos increibles y gloriosos.?

Derrepente asoman corridos los tulcanes que estaban en San Francisco y dan cuenta á su mayesquera de que los padres descalzos les llamaron á comer y les quitaron los rifles. ¿Puede relatarse absurdo semejante? El Convento de San Francisco es un edificio inmenso en uno de cuyos ángulos está la entrada á las torres: en ningún caso se separa el soldado de su arma, y mucho más un pelotón entero que se halla en actual combate; lo natural era que, aun caso de alimento, lo hicieran por grupos ó secciones, pues ni los padres hubiesen tenido servicio ni comida suficiente, conocida como es su absoluta pobreza, habiendo días en que van al refectorio, rezan y salen. Pero que hubiesen tenido ¿cómo un reducido número de frailes alcanzó á desarmar á tantos, á qué hora y de qué manera? Y si estaban ya allí los restauradores ¿cómo no se trabó combate brazo á brazo, por qué milagro de Marietta no quedaron prisioneros todos sus hombres, ¿de qué modo alcanzaron á huir de un edificio cerrado por murallas inaccesibles y que no tiene sino una entrada?

La Dictadura que tanta popularidad tenía, según aseguran los Sres. Amézaga y Compañía, ha debido recibir á cada instante circunstanciados avisos acerca del número, calidad, armamento y posiciones de los restauradores; y es imperdonable entonces que la Generalita con sus mariscales y ugieres no hayan pensado en batir en detall al enemigo, operación fácil, sencilla y esperada; pues por más que Salazar y .Sarasti sean solo generales *aficionados*, sabían más que los soldados de sangre y costumbres de los reales de Marietta.

Diremos de paso que si el calificativo de *aficionados* dado á los Gerales. Salazar y Sarasti emplea Marietta para expresar una tendencia constantemente manifestada desde temprana edad, como la que nuestra heroina reveló desde los albores de su juventud hacia cierto género novelezco, no impugnamos el calificativo. Pero si con él ha querido atenuar los merecimientos y títulos condignos que los Gles. Salazar y Sarasti tienen respectivamente para apellidarse *militares*, en la verdadera ecepción de la palabra, no cabe otra cosa que reirse á pierna suelta, de la intencíón de Marietta. ¿Ella calificando de Gral. aficionado á Salazar quien hasta el año 65 había prestado más de 20 años de servicios y de entonces acá ha continuado prestándolos á la patria siempre en defensa de la buena causa.?

El Gral. Sarasti ha militado desde 1860 en que figuró como ayudante de campo del Gral Flores, en la 1ª toma de Mapasingue, y cuyas posteriores evoluciones militares en Patate, San Andrés, Chambo, Quero, Quito y Santa Ana, acabaron por derrocar la Dictadura, en unión del decano de la milicia del Ecuador: esto no merece otra refutación que la mas expansiva hilaridad.

Asegura el libro que habían triunfado los dictatoriales y que muchos de los derrotados llevaron la infausta nueva á las provincias vecinas: es cierto que algunos que se habían incorporado sin licencia y que se hallaban entre los custodios de Fiallos fueron conquistados por este y huyeron; pero tal paso de unos pocos advenedizos nada dice en contra de los restauradores ni menos en favor de la pretendida victoria de sus contrarios.

No fué, pues, traición lo que causó la derrota del

10 de enero, sino la fatuidad; la soberbia, el cambio de oficio de un marimacho. ¿Qué resultado habría de dar un ejército entregado á los caprichos de una candilleja vana, calenturienta y mal aconsejada? Todo efecto es de la naturaleza de su causa: cúlpese Dña. Marietta á sí misma.

VII.

Cuando Veintemilla recibió el parte de la rehabilitación de Quito, tembló de miedo; pero pasando revista á sus cajas de fierro, vió que podían aún ser auxiliadas con algunos fondos y resolvió esperar á los enemigos hasta dar la última manotada á los tesoros del pueblo.

Su ejército, dice Dña. Marietta, no constaba sino de dos mil quinientas plazas; y prueban lo contrario los documentos oficiales, pues ascendía al doble. ¿Cuántos soldados ocupaban Babahoyo, en las narices del Dictador, teniendo éste tres buques de guerra y diez y seis fluviales? Cuántos hombres vinieron por Alausí, teniendo el ferrocarril que duplicaba las fuerzas esclavistas por la celeridad, dándoles la ventaja de poder batir en detall las pequeñas fracciones de ejército restaurador, que por el rigor del invierno y la dificultad del trasporte no podían hacerlo en mayor número?

Confiesa la misma Sra. que los restauradores tenían más de siete mil combatientes: en mayor número se presentaron contra el *taita* del pueblo, pero consta que no había armas ni para mil ochocientos; lo que obligó á solicitarlas en Estados Unidos, para que la ambición más inicua las contuviera hasta después de terminada la lucha. Mucho debe valer, pues, las letanías y golpes de pecho.

No se explica la atolondrada viuda el renuncio de D. Pedro Carbo, cuando lo imposible de explicar es que haya acompañado á Veintemilla un solo instante, degradando sus canas, ennegreciendo sus manos inmaculadas; dando pifias indignas de un niño ¡y qué pifias! ¿Por qué estrañar que oído el canto del gallo había de huir del horno maldito para llorar sus pecados y volver á la amistad de la justicia y de los buenos?

Dice la Sra. de Lapierre que los restauradores no

osaron ponerse al alcance de su tio, temerosos de proporcionarle una dessisiva victoria; y en más de veinte ocasiones les llama sitiadores y habla del sitio; se conoce que la segunda persona del escritorio de Dña. Mariotta está algo desvanecida del meollo.

D. Antonio Flores no vino al campamento como negociador, sino como patriota, repitiendo lo que hizo en la primera famosa toma de Guayaquil: dejó las comodidades y la seguridad del extranjero para arrostrar los peligros del ciudadano armado, que despues de la victoria ni siquiera conservó las insignias militares que las habría llevado con honra. Si rió Veintemilla al saber su llegada, ha debido ser con risa satánica, mientras le quemaban las venas y le caía un tonel de amargura al corazón.

Salieron las primeras fuerzas restauradoras para abrir la campaña sobre Guayaquil en el mes de marzo de 1883; y como es conocida la dificultad del transporte y lo horrible de los caminos en la cruda estación de esos meses, no pudo concentrarse el ejército sino á mediados de junio del mismo año ¿Dónde están los meses y meses transcuridos en el sitio? Por otra parte Guayaquil defendido por un brazo de mar, un río caudaloso, el golfo de su nombre y el cerro de Santa Ana, es una de las ciudades más inexpugnables, y para su toma era necesario madurar un plan y ejecutarlo matemáticamente; cosa que demandaba detenida reflexión é irreprensible disciplina.

Desde el día 5 comenzaron las baterías montadas sobre improvisados fuertes en cerro Colorado á disparar sobre el enemigo con el objeto de llamar su atención hácia aquel costado, y en la mañana del 9 de Julio embarcaciones repletas de gente selecta cargaron por ese lado con el mismo objeto. Dos meses habían permanecido nuestros soldados mirando el escarpado cerro de Santa Ana que, erizado de cañones, parecía un gigante inaccesible próximo á devorar las diminutas fuerzas que hormigueaban á sus pies. Cañones de grueso calibre vomitaban de cuando en cuando proyectiles en el campamento; y como se había peinado las únicas partes accesibles, era necesario buscar alas para trepar el cerro; y esas las encontraron los restauradores en su valor, en su entusiasmo por el triunfo de la ley y en su odio con-

tra el dictador ominoso.

Convencidos de que la mayor rapidez en el avance disminuia el peligro y aumentaba las probabilidades del triunfo, en pocos minutos todas las fuerzas se hallaron casi al pie de los fuertes, semejando los fuegos en la oscuridad de la mañana un inmenso campo de grandes luciernagas. Los soldados de Veintemilla que ocupaban dos extensos frentes, el del Salado y el del cerro de Santa Ana, atacados por donde menos lo pensaban fueron completamente derrotados. Y corrieron todos en busca del baluarte dentro del cual empaquetaba sus últimas monedas el Dictador. Se hizo resistencia más viva por el costado del Manicomio; pero tomado el cerro de Santa Ana y dominados desde su cima por fuegos convergentes los que allí se hallaban, no tardó la victoria en sonreir halagüeña á todas las divisiones libertadoras. Aun cuando ha estado mal informada Dña. Marietta de que Saona y Gómez murieron atacados á dos fuegos, pues especialmente el primero murió en el patio del cuartel de artillería, ¿no era propio de todo un Capitán General evitar ataques semejantes, preveer los peligros y asegurar los resultados?

Se hallaba aun Veintemilla en su media noche de costumbre cuando le llegaron las noticias del combate; pudo apenas ponerse las mangas del paletó por calzones y al fin dar con estos para salir en facha de hombre, cuando los fuegos coronaban el cerro. No tuvo que abrirse con sus soldados hasta ganar la orilla, en donde le esperaba el Santa Lucía, pues las calles de Guayaquil estaban desiertas, y solo desde las ventanas del Club de la Unión fué visto por jóvenes desgraciados por su alma miserable, que no supieron hacer uso de las armas que tenían. Marchaba el Dictador en un cuadro de ametralladoras; y en esta, como en todas las batallas y combates del largo tiempo de su dominación, manifestó su desprecio por los enemigos mostrándoles las espaldas; de manera que cuando los primeros combatientes llegaron al castillo de las Cruces, ya el buque salvador se perdía de vista, alejándose en él las delicias de la patria.

Increpa al Excmo. Sr. D. Antonio Flores por haber sido el primero en la liberación del noble Valverde;

y vomita contra éste todo el veneno de que es capaz una víbora ponzoñosa, toda la fetidez de que es susceptible un pantano ó todo el odio que puede envenenar el corazón de una mujer. Valverde no es de los que vieron impasibles marchar al Dictador, por eso es uno de los primeros entre sus paisanos, no es de los que guardó silencio por miedo, por eso luce la aureola de ilustre víctima, no fué de los perros que comieron el pan del tirano despues de abofeteados, por eso su carrera política no tiene mancha y su nombre ha conquistado gloria. La libertad de Valverde es digno hecho de ese día memorable' en que se purgaron las injusticias y se vengaron las iniquidades con la implantación del orden, la libertad y el derecho. Y esa jornada es obra de ese "monstruo de erudición" como la misma Marietta llama al Director de la Guerra; y como es generala y táctica y arquitectónica y archilustre y armígera y armipotente, tendrá que convenir con la opinión de uno de los más ilustres guerreros de Sudamérica, que dijo con ocasión de la campaña de 83:—"El triunfo de Quito es de la juventud, porque no hubo Jefes ni oficiales ni soldados, plan ni disposición alguna, sino valor y patriotismo; el triunfo de Guayaquil es del General Salazar, porque allí no hubo combate sino estrategia"?

Mi Sra. Dña. Marietta, la de la espada durandal ¿cuándo ni en que tiempo ha mandado un solo día el General Landázuri en Guayaquil? ¿quién le contó á U. mentira semejante? Sepa U. muy señora generala, que fué á D. Pedro Carbo á quien tocó el gobierno de la provincia del Guayas desde el 10 de Julio, cargo que lo ejerció hasta la elección del presidente interino por la Asamblea Nacional. ¿Qué diremos ahora de que la Capital miró la toma de Guayaquil con la calma nacida de la impotencia y el desaliento? Estaba U. en la Capital y ha debido llegar el rumor extraordinario de un pueblo congregado en las calles y las plazas, que se abrazaba indistintamente, en que cada uno quería ser el dueño de la fiesta, en todos eran obsequiados y obsequiaban, en que no hubo mesa que no tuviere convidados, ni hotel en que no se sirviese banquetes, ni hombres, ni señoras, ni siquiera adolecentes que no es-

tuviesen locos de placer; día semejante no lo ha tenido ni lo tendrá Quito nunca, porque, seguros estamos, tampoco volverá á tener Veintemillas que á más de oprimirla, la degraden, envilezcan y sonrojen.

Seguramente la prisión trabucó algo el juicio de Dña. Marietta, pues le parecieron muestras de cariño los rencores del pueblo, gritos de entusiasmo los mueras lanzados contra su familia y popularidad el encono. Tubo serenatas, ovaciones, misivas.....y declaraciones póstumas; cuando en verdad los reclamos por deudas no escasearon, las peticiones para la devolución de sueldos depositados y la súplica para la restitución de lo proveniente de leoninos negocios; pero la heroina está montada en el clavileño y no hay fuerza que la contenga: las posadas donde es servida por su dinero, son famosos palacios donde le reciben sus adoradores, los figones del camino son levantados en su obsequio y hasta la naturaleza se cambia y muda, pues Guaranda viene á quedar junto á Ambato, y Chuquipogyo al otro lado del Chimborazo, y el río del Cristal serpetea á poca distancia entre pecesillos, diamantes y rubíes: brava imajinación la de Dña. Marietta, tiene resabios de manchega y casi uno se entusiasma por ella al verla comiendo sangre humana y soñando á poco en pecesillos y pedrezuelas.

Al fin acordóse Dña. Marietta que debía también imitar á un Señor Ovidio, que disque lloró al despedirse de Roma, sintió pena de dejar esta tierra aflijida y tiranizada por su familia; y ojalá hubiera sido remordimiento, pues entonces no habríamos tenido la vergüenza de ver un libro de calumnias suscrito por un apellido ya anteriormente conocido por otras hazañas.

VIII.

Creía Dña. Marietta que al llegar á tierra donde las costumbres y el idioma fuesen semejantes á los de la tierra que había oprimido, su tío iba á estar tranquilo riendose á mandibula batiente en su impunidad; no sabía que teníamos tratados de extradición para los reos de ciertos crímenes, y que hallándose D. Ignacio com-

prendido en muchos de ellos, cualquier Gobierno lo pondría á disposición de los tribunales del de su patria. Muerde por acto de tan común justicia al Gral. Peruano D. Miguel Iglesias, y no se conforma con la partida á Chile, como si hubiera presentido, según se dice, que despues de acabado el dinero en las carpetas verdes, D. Ignacio se habría de ver expulsado hasta de ellas, con ropa descolorida, falto de amigos y sin pan. Lo mal habido, Señora mía, lo mal habido.....

Se queja de que se haya borrado del escalafón militar á los que sirvieron á Veintemilla y que se haya mandado reintegrar los sueldos percibidos durante la Dictadura, como si ambas medidas no hubiesen sido necesarias, indispensables y transitorias; habiendo sido ese mismo presidente Caamaño á quien tan injustamente injuria y vilipendia, el que propuso al Congreso la devolución preferente de los sueldos reintegrados, y habiendo sido también él mismo quien reinscribió en el escalafón á los militares que de él habían sido borrados.

No olvida en sus mandobles á los Gles. Flores y Sarasti, y ni podía ser de otro modo, de justicia les venía el insulto, para eso supieron escribir con gloria páginas brillantes en la campaña contra las tiranías.

El que creíamos ya olvidado, y con grande admiración, era á D. Pedro J. Cevallos Salvador, tutor de la generala y paño de lágrimas de su familia, cuando en el último capítulo le consagra un recuerdo tan digno de ella, como inmerecído de parte de éste señor.

Cuentan que andando un día Mahoma, encontró una serpiente aterida de frío sobre la arena del desierto, la tomó para abrigarla, la puso en su seno; y á apenas tuvo animación la víbora, mordió el seno del bienhechor; el profeta chupó la herida, escupió en el suelo y brotó la planta del tabaco: desgracia es que D. Pedro no tenga ese poder divino para que regale ahora á la humanidad con un nuevo bien.

Algo de más notable ha segregado tambien la escritora y compañía para el último capítulo: el robo al Banco del Ecuador, cambiando de nombre y de algunas circunstancias con el de la Unión de Quito y el juicio crítico del Gobierno de D. Antonio Flores.

Nadie ignora que dos batallones asaltaron ese acre-

ditado establecimiento en los últimos días de la Dictadura, que no dieron tiempo á que fueran cerrados los sótanos y extrajeron trescientos mil fuertes á despecho y con la protesta de Gerentes, accionistas y pueblo. Robo está declarado ese hecho; y aun cuando Dña. Marieta tenga el don de transformar las cosas y cambiarlas á su antojo, en esto no caben batallas subterráneas ni combates submarinos, ni cambios de montañas, ni serenatas de antorchas. La ley ha hecho su declaración y D. Ignacio es responsable conforme á ella.

Mal ha podido decir la Sra. que algunos liberales de América comienzan por negar á Dios y acaban por acojerse al credo ultramontano para servir al demonio, poniendo entre ese número á D. Antonio Flores que, desde antes del 75 quizo amoldar su política á la de los partidos moderados de Europa y que espuso en el programa de ese año lo que ha pretendido realizar en el poder. No han sido pudores de antiguo liberal los que le han obligado á suprimir el diezmo, sino su inteligencia de sabio y su recto corazón de hombre, arrostrando todos los peligros de una idea nueva y los sinsabores de un bien que se ha de conocer más tarde; pero por eso la historia que pesa las acciones de los grandes en fiel de oro ha de señalarle lugar culminante entre los bienhechores de los pueblos, como uno de los que más ha hecho por la agricultura, por la industria y bienestar de la nación.

Eso de que ha buscado rentas para las Iglesias y pedido protección nacional para los curas, ha sido puesto sólo por lo sonoro de la frase; pero católico sincero, adora la Cruz en el tabernáculo y no la quiere ver en la mesa de los clubs políticos, quiere que el púlpito sea para lo verdad y no para la ambición disfrazada; lloraría al ver la casa del Señor hollada por los cascos del caballo de un descreido y se indignara al verla convertida en antro de doctrinas disfrazadas con el manto religioso.

No ha ensayado todos los sistemas de gobierno, sino la tolerancia para las opiniones de todos; y si de vasilaciones y contradiciones se le acusa, bien puede ser que sean, mas bien, impaciencias de los quejosos. Dice la ardorosa viuda que aun cuando ha implantado

á medias la libertad de imprenta, ha aceptado el cadalzo para los delitos políticos. ¿En qué plaza de la República se levanta el fatídico aparato?, ¿dónde está una sola mujer que lleve luto por el hijo despedazado por el plomo, dónde hay una sola gota de sangre que denuncie el extravío y la venganza?

Los condenados políticos fueron indultados el día de su juramento; el Sr. Flores fué el primero en proporcionar recursos para las necesidades de éstos, las prisiones permanecen con cerrojo y las puertas de la República abiertas; quienes no temían á los tribunales libre tienen la entrada; y si D. Ignacio no fuera criminal, ha debido venir á sujetarse al juzgamiento, á vindicar su conducta, á herir con las mismas armas que le proporcionaba su contrario.

El que implanta la libertad, el que suprime odiosos impuestos, el que hace sólo la administración para que los partidos hagan la política, el que triunfa con sus mismas derrotas en el campo legal ¿puede llamarse gobierno indefinible?

Pobre Dña. Marietta Veintemilla, Marconi de Lapierre, que bien estaba con su silencio disfrutando de dulces y largas veladas al lado de amigos octogenerios de años y de dinero, ya habían olvidado su nombre, ya hasta se fingía que tampoco se recordaba al Dictador su tío; pero mal aconsejada por la vanidad y precipitada por la lisonja, aceptó la pluma que se le brindaba, y tapando puntos escribió un libro de trazos diabólicos que ha indignado á propios y estraños, porque los hombres honrados que, en mala hora, sirvieron á la Dictadura, felices estaban con el perdón de sus hermanos y poco á poco adquirían tranquilidad al ver que se acercaba el olvido: hoy ha herido á todos y todos ven con menosprecio esa mano porque no sólo ha ultrajado á la mayoria de la nación, sino á la verdad y al criterio público: admirable es que pocas sean hasta hoy las réplicas; pero la venganza es peor cuanto mas sorda y el golpe más fuerte mientras más tardío.

Para concluir tomaremos las mismas palabras con que lo hace Dña. Marietta solo poniéndolas en su verdadero sentido; pues con la mano en el corazón pueden decir los Veintemillas al pueblo ecuatoriano:—

"Tesoros no hay que no hayamos defraudado, esclavitud que no hayamos impuesto, sangre inocente que no hayamos vertido en los encuentros de nuestra administración jamás lejitimada por el pueblo en su amor á la libertad y aspiraciones más grandes de justicia".

¿"Y en cambio, cuántos bienes dispensaron á la República? ¡Ninguno!"

I. Acosta C.